



BREVE DIGRESIÓN

Sobre FIESTA Y FERIA

Se me ocurre pensar que es atávica la tendencia a ser fiesta. Esta inclinación al festejo, por eso, una vez, nos abandonó a la casualidad o, mejor dicho, de los particulares las diversiones que forman parte del bien general, a regir y reglamentar por lo menos hasta cierto punto.

Eso no es cosa de hoy ni de ayer. Desde que bajo la romanización dejamos los peninsulares nuestra conexión con la Historia, la Festa, como diversión pública, es algo menor, y más numerosas y rústicas de teatro, de aniversarios y nacimientos, dan fe en toda España de espectáculos públicos formados por luchas de hombres y fieras, carreras de caballos y carros y representaciones escénicas.

Cada año, y cada día, los señores del orden del orbe crean conceptos de fiestas romanas.

Creo que la diversión por antonomasia de la Edad Media era la caza. La de fieras, de mayor agitación y riesgo, y más tarde la de aves, de más artificio e inventiva, de otra y otra especie. Tanto los toros, como los torneos, forman una suerte de continuidad, no enterrada, incrementa la más de las veces, pero no fue una diversión común, sino eminentemente burguesa y esporádica.

Más tarde, sin duda, viene en el Medievalismo la gremial, de rancio sabor popular, que surgió a los hombres por sus afidadas entre si y su afición al lugar a que ella se dirigía. Hay en la romería una aspiración al solaz común, a la concurrencia y a la amistad de tráctores y vecinos. En la Aragón medieval, las fiestas y juegos: el boceto, el bocador, el tirador de peso, de barra, el corredor pedestre, el saltador y el garrochista, han surgido de ellas. Y lo mismo la afición al cancio y a la danza popular. La romería alcanza su punto culminante de desarrollo en el siglo XII, cuando aún no existen en nuestra península grandes núcleos urbanos.

F. Gas Carpi En el siglo XIII, el desarrollo de la vida en las ciudades trae consigo una nueva tendencia a las diversiones. No se abandonan las de antiguo, pero pierden su primacía en favor de otras nuevas: justas, juegos de caza y sortija y luchas de toros hacen su aparición. Y lo que es más importante: este tipo de fiesta anuncia la llegada de los torneadores y juglares, el que incluye uno de la poesía popular, burlesca o dramática, y junto con los juegos florales va aparecer los juegos escénicos, procedentes directamente del teatro clásico y del moderno y secretivo. El teatro, a partir del siglo XV, se hace, y es a partir del XVI enteramente profano y servido por profesionales que viven del público a quien divierten. Desde Lope de Rueda y desde Rojas se sostiene en autor de la Calderona y el Siglo de Oro el siglo XVI, bajo Carlos I, que continúa a formar parte del teatro y surge lo que aún llamanos la zarzuela. El siglo XVII y parte del XVIII viven de las diversiones heredadas.

A finales del último siglo, se añade algo nuevo a la diversión popular, que, desarrollándose rápidamente, alcanza su plétora en el actual: el deporte, no como diversión privada, sino como espectáculo, y en este último aspecto es en el que perdura como dominante y absorbente, por encima de todas las demás fiestas y diversiones de carácter popular.

Parece, pues, que es congenito al hombre este tender a congregarse y solazarse en común. Pero tal espiritu es más fuerte en el mundo rural, elemental y sencillo. Y es ésta por parte del Poder público una preocupación en tener esa querencia popular, fomentando y protegiendo aquellas manifestaciones multitudinarias que, con apariencia de juegos de destreza, son en realidad espetáculos de empresa, a veces de empresa con subversión o protección estatal dirigidos a la masa.

El tipo humano bien individualizado, por tener una firme conciencia propia, dejó, en cuanto pudo de integrarse en la masa amorfa y dejó también de divertirse como parte integrante de un todo; aunque bien busca por sí misma su propia diversión. A medida que el individuo se precisa que le divierten particularmente en aquello que, o en aquellas horas que puede destinarse a su solaz y recreo, el busca y encuentra sus propios entretenimientos en el paseo, en el deporte practicado por si mismo, en el juego de destreza, en la lectura, en la política, la práctica de un arte liberal, la excursión, el viaje y el espectáculo, si lo desea, en cualquiera de sus formas, llenando el deseo de esparcimiento en un margen de amplísima libertad.

Nuestra ciudad, como casi todas, tiene sus diversiones populares, regocijo periódico, anual, establecido en costumbre inverterada. Lo mejor que tiene en su interior es una gran diversidad dentro de su ingenuidad. Con ello no se nos obliga, por imperativo circunstancial, a divertirnos, lo que ya no sería diversión, sino que, como se debe, se nos reserva una amplia libertad de elección entre multitud de festeos que nos brindan para el caso las oportunidades más diversas.

* * *

Entiendo que estas llamadas actualmente Ferias de Muestras son más bien exposiciones de

manipulación, productos y utilaje de todo género. Pero que la realidad se adapte o no a la designación, es lo de menos.

Las Coles Ferias se están imponiendo en todos los núcleos urbanos que aspiran a una condición superior de actividad cultural y social. Concretamente en todo el ámbito nacional, como un éxito más o menos halagüeño, pero que refleja siempre un índice potencial en el aspecto económico y mercantil de la ciudad organizadora. No es vano aquel adagio: «Cada uno cuente de la feria según como le va en ella».

Las perspectivas de la Feria, al decir de los entendidos, son óptimas; pero si al visitarla notamos que no está allí algo que pudiera estar o algo que aún nos falta, es que entre todos, sin exceptuar a nadie, todavía no hemos sabido alcanzar el nivel, por tanto, de la feria que quisieramos obtener, pero que no hemos sido aún capaces de conseguir. Porque reconocer un error es ponerse en camino de emendarlo y remediarlo.

Así, pues, cumplese el adagio: «Que la Feria corone la Fiesta».



Jardí, ballea, trajes típicos, carrosses, flores, matisse... La Carrasca de la Alegría recorre la ciudad...

Font: biblioteca.tortosa.cat